

# **LAS FAMILIAS IDEOLOGICAS DE LA DERECHA FRANCESA:**

## **Esbozo histórico y doctrinal**

por ARNAUD IMATZ - COUARTOU\*

Si partimos del principio de que la izquierda y la derecha manifiestan una permanente oposición entre dos sistemas o dos temperamentos —uno caracterizado por el apego al movimiento, y el otro, por la inclinación a la estabilidad— de ello se desprende que en el seno de toda sociedad política debe reproducirse este eterno diálogo. Desde un punto de vista estrictamente histórico, el origen de la derecha francesa podría remontarse a la Revolución de 1789. En ese entonces, la división de opiniones en el orden político se inscribió por primera vez en forma concreta y material en el ámbito de una asamblea parlamentaria.

Periódicamente se considera que las nociones de derecha e izquierda han caducado o perdido su vigencia; sin embargo, tal parece que se hallan grabadas en la mentalidad y el inconsciente colectivos. Para el ciudadano francés común representan el legado de una larga historia que abarca cerca de dos siglos. De lo anterior se deduce que para comprender el enigma de la oposición entre dichas nociones, así como el espectáculo desconcertante de las discordias que afectan a cada una de las dos posturas, es necesario poseer previamente un conocimiento cabal del pasado.

En este trabajo intentaremos esbozar a grandes rasgos un panorama de la derecha francesa que refleje no tanto su supuesta unidad, como las profundas contradicciones que se observan en su interior tanto en el pasado como en la actualidad. No existe una sola derecha sino varias corrientes de derecha:

\*ARNAUD IMATZ-COUARTOU; Catedrático francés, Doctor en Ciencias Políticas.

derechas liberales, derechas conservadoras, derechas moderadas, derechas centristas, derechas impugnadoras, derechas revolucionarias, derechas protestantes, derechas opositoras, derechas patriotas, derechas nacionales, derechas nacionalistas, derechas reaccionarias, derechas contrarrevolucionarias, derechas tradicionales, derechas tradicionalistas; los términos escogidos varían considerablemente según distintos autores. Existe una derecha patriótica de tendencia nacionalista, y una derecha “pacifista”, de tendencia muralista; una derecha liberal que afecta a las asambleas parlamentarias, y una derecha que desea contar con un poder ejecutivo fuerte; una derecha que sostiene la trascendencia de la moral sobre la política, y una derecha que pretende regular la actividad política adoptando solamente el punto de vista de un realismo político estricto; una derecha laica, agóstica, atea, anticlerical e incluso anticristiana, y una derecha espiritualista, cristiana, galicana o ultramontana. No acabaríamos nunca de dejar constancia de las diferencias. Por otra parte, la cantidad de derechas no es inmutable. Tanto los cambios de régimen como las transformaciones experimentadas por la sociedad repercuten en las tendencias políticas. Nuevas corrientes derechistas pasan a ocupar un lugar junto a las antiguas. En los programas se pone de relieve tal o cual tema. Pero en definitiva, por encima de la confusión y la multiplicidad, existe una notable unidad, una asombrosa continuidad de principio a fin. Se trata siempre del mismo sistema de valores y la misma combinación de intereses, la misma confluencia de sentimientos, que trascienden a las épocas y a los hombres.

Según el profesor René Rémond, en Francia coexisten tres derechas. Cada una de ellas está “dotada de todos los atributos de una auténtica tradición política, y posee su propio sistema de pensamiento, su propio temperamento, sus propios adeptos (...). Ellas han surgido en etapas sucesivas de la evolución política francesa”. La primera es la derecha tradicional o contrarrevolucionaria; la segunda es la derecha liberal (señalemos desde ya que el epíteto conservador ha sido eliminado del vocabulario político francés debido a la connotación peyorativa que se le ha atribuido); y la tercera, la derecha popular o nacionalista. “Entre estas tres tendencias —observa René Rémond—, se establecen intercambios, se producen interferencias que las aproximan, se forman coaliciones en las cuales se asocian, sin que ja-

más lleguen a confundirse (...) La historia de la derecha está constituida por transformaciones y vicisitudes experimentadas por estas tres derechas" (1).

Aún cuando la realidad política es indudablemente más rica y variada de lo que permite imaginar esta clasificación tripartita, el valor didáctico y heurístico de ésta es innegable. A pesar de las críticas que se han formulado respecto del método empleado, y de los prejuicios de tinte abiertamente demócratacristiano sostenido por este autor, su tesis sigue siendo acertada en términos generales, si bien conviene matizarla, completarla, o incluso enmendarla en algunos aspectos, con el objeto de tener en cuenta trabajos notables realizados por los profesores Raoul Giraldet y Zeev Sternhell.

## **I. LAS TRES TRADICIONES DESDE EL PUNTO DE VISTA HISTÓRICO.**

Recordemos brevemente cuáles son las raíces de las tres tradiciones. Comencemos por la más antigua, esto es, la derecha tradicional o contrarrevolucionaria.

### **La derecha contrarrevolucionaria**

Se suele clasificar a los teóricos de la derecha contrarrevolucionaria en dos escuelas: los pertenecientes a la escuela tradicional o "teocrática", quienes deducen los principios políticos de la metafísica, de la teología y de la religión; y los miembros de la escuela histórica, quienes se sitúan en el terreno del análisis positivo, de la observación empírica. Con todo, existe entre ellos un trasfondo común de postulados, convicciones y evidencias en el cual los contrarrevolucionarios obtienen los principios esenciales de su reflexión y de su acción. Los inspiradores de su pensamiento son Louis de Bonald, Joseph de Maistre, el inglés Edmund Burke, los suizos Louis Haller y Mallet Du Pan; también lo son Rivarol, el abate Barruel, Chateaubriand, Villeneuve-Bargemont y Blanc de Saint-Bonnet, por citar algunos.

---

(1) Cf. René Rémond, *La derecha francesa*, París, 1968, p. 22.

A la empresa racionalista y voluntarista del hombre que tiende a modificar las instituciones, el pensamiento contrarrevolucionario opone el orden natural; a los imperativos de la razón universal, la obra del tiempo. La doctrina contrarrevolucionaria la emprende tanto con el universalismo como con la abstracción revolucionaria, en nombre de la diversidad de los países y de los pueblos. Las instituciones no pueden ser semejantes en países distintos, sino que constituyen el reflejo de procesos históricos diferentes. Los contrarrevolucionarios miran con muy poca complacencia al absolutismo. Para ellos, la monarquía absolutista implica la negación de la monarquía cristiana. Monarquía cristiana, hereditaria, social y representativa se transformarán en las palabras claves. Sólo si el poder emana de Dios, si quien lo ejerce se considera responsable ante Dios de sus más mínimos actos, se tendrá la seguridad de que no excederá los límites que le han sido fijados.

Los problemas políticos poseen un fundamento de orden religioso y moral. La política contrarrevolucionaria es ante todo una política de la Caída. "El hecho de olvidar la existencia de la Caída proyecta su sombra sobre toda la política", escribió en 1873 Barbey d'Aurevilly. "Puesto que, según el liberalismo, la inclinación al bien prevalece naturalmente sobre la inclinación al mal, al bien prevalecen naturalmente sobre la inclinación al mal resulta evidente que debe permitirse hacer y decir todo lo que quiera, que tiene derecho a gozar de toda suerte de liberalidades (...) Si la caída no ha dejado ninguna huella del mal dentro del hombre, entonces ¿qué significa la autoridad? (...) Fuera del hecho de la caída (...) todo vuelve a quedar en tela de juicio" (2).

No por ello las relaciones entre los contrarrevolucionarios y la Iglesia son menos complejas. Las discrepancias que dividen a los contrarrevolucionarios en torno a este aspecto no carecen de importancia. El antagonismo entre un monarquismo galicano y un monarquismo ultramontano (sostenido por Louis Veuillot, por ejemplo), reaparece periódicamente. Por último, existen monarquismos protestantes, agnósticos, ateos, francmaçons o judíos; pero su postura no es sencilla.

(2) Citado por S. Rials, *Le légitimisme*, Paris, 1983, p. 44.

Se aprecia una clara afinidad entre los primeros contrarrevolucionarios y el romanticismo. En su primera etapa, el romanticismo francés repudia el racionalismo insensible de Voltaire y Rousseau, y el formalismo de la tragedia clásica; sus seguidores desean remontarse hasta antes del Renacimiento y reanudar los vínculos con las tradiciones nacionales y religiosas de la Edad Media; denuncian la tiranía y el despotismo jacobinos.

El rasgo fundamental que caracteriza al pensamiento contrarrevolucionario es el hecho de ser un pensamiento organicista. Sus adherentes contraponen la libertad formal, abstracta y engañosa a las libertades reales, arraigadas en la tradición y confirmadas por la historia. Sus ataques se dirigen al principio y a los órganos de la centralización administrativa. Se transforman en los más fervientes partidarios de las libertades locales, de las comunidades naturales, de los cuerpos intermedios, de la “descentralización” (como se dirá más tarde).

Los temas de la integración de la persona en el cuerpo social y de la defensa de la institución familiar constituyen el centro de su preocupación. El odio metafísico al igualitarismo, al economicismo y al materialismo estalla regularmente en sus escritos.

Dentro de la derecha, son los primeros en interesarse en el problema social. Esta inquietud se confirma a lo largo de todo el siglo XIX, pero son Albert de Mun y René de la Tour du Pin, discípulos de Le Play, quienes, como continuadores de la labor de Monseñor Kettler, renovarán el movimiento. En un principio, el catolicismo social adopta una inspiración contrarrevolucionaria, y parte de la segunda generación procederá de la democracia cristiana.

El liberalismo económico vulnera todos los principios de los contrarrevolucionarios. El escándalo de una sociedad donde partidarios del capitalismo, preocupados únicamente de obtener ganancias, rigen los destinos de multitudes anónimas, les choca profundamente. En 1871, se crean los círculos católicos de obreros. El programa se resume en pocas palabras: la total reestructuración de la sociedad en el marco de instituciones monárquicas por vía indirecta de un régimen corporativo. Albert

de Mun, uno de sus representantes más célebres, elegido diputado, propone a la asamblea —la mayoría de las veces sin éxito— toda una serie de medidas en favor del sector laboral. Entre ellas, la creación de un sindicalismo mixto (recordemos que la Revolución había suprimido las corporaciones e impedido toda posibilidad de organizarse en el lugar de trabajo, y que los sindicalistas recién obtuvieron la autorización a partir de 1884), la elaboración de una legislación internacional del trabajo, el establecimiento de cajas de previsión y cajas profesionales de seguro contra accidentes, la protección de los obreros víctimas de accidentes laborales, la asistencia a personas enfermas y ancianas, la limitación del trabajo de los niños y las mujeres, la disminución de la jornada laboral, la fijación de un salario mínimo, el descanso semanal obligatorio, la solución de los conflictos laborales por consejos de arbitraje, la sanción en caso de despido de un obrero por pertenecer a un sindicato (desde 1884 en adelante), la lucha contra las viviendas insalubres, la educación de los reclusos, la asistencia judicial, etc. Tantas iniciativas propuestas por un precursor olímpicamente ignorado por la historiografía dominante.

La fecha crítica para el monarquismo tradicional es 1875, año en que, en un castillo austríaco, fallece el Conde de Chambord, Enrique V. Luego de su fallecimiento, los esfuerzos de legitimistas se vuelcan hacia los Borbones de España. Aun cuando sus partidarios podrán asistir a la disolución de sus huestes, la doctrina contrarrevolucionaria se conserva intacta, sin que se debilite su irradiación.

## **La derecha liberal**

La segunda derecha, de acuerdo con la fecha de su aparición, es la derecha liberal. Con posterioridad a la epopeya napoleónica (1802-1814) y la restauración monárquica (1815-1830), en Francia se implanta un nuevo régimen. En 1830 se substituye una monarquía católica por una monarquía laica. Luis Felipe I (1830-1848) presta juramento a la Carta ante el Parlamento. El lugar de Jesucristo lo ocupa el primer magistrado de la nación, quien es Rey de los franceses, delegado al ejecutivo en cumplimiento de un contrato bilateral entre el aspirante al trono y los

diputados representantes del país legal. Es hijo de Luis Felipe José, llamado "Felipe Igualdad", gran maestro de la masonería (1786), miembro del Club de los jacobinos, adepto a las ideas revolucionarias, quien votó la muerte de su primo Luis XVI con un voto de mayoría.

El orleanismo es ante todo eso; una noción secularizada y laica de la monarquía. El orleanismo es el liberalismo. Su concepción filosófica considera la razón individual como medida y juez de verdad. Su racionalismo espiritualista es, en un principio, anticlerical y anticatólico. Toda afirmación liberal por su relativismo se opone diametralmente a la afirmación de lo absoluto del catolicismo. Libertad de conciencia, libertad de prensa, habeas corpus, librecambio, laissez faire, defensa de la propiedad, desconfianza respecto del Estado, son los principales rasgos que definen el liberalismo francés del siglo XIX. Sus ideólogos son Jean-Jacques Rousseau, Jean Baptiste Say, Benjamin Constant, Francois Guizot, Adolphe Thiers, Prévost-Paradol, etc. Tocqueville no está vinculado a esta escuela; si bien adhiere a sus conclusiones, él parte de premisas diferentes. Su pensamiento está más cercano al de Burke.

El único límite que realmente divide a los liberales se encuentra entre aquellos que otorgan mayor importancia a la sociedad civil, y aquellos que asignan un papel preponderante al Estado. Al centrar el estado natural en las relaciones de poder entre los hombres, se adopta antes bien un punto de vista estatal (por ejemplo, Rousseau). Si se considera el estado natural como el origen de la propiedad, el trabajo y el intercambio, se privilegia la perspectiva de la sociedad civil y surge entonces la posibilidad de que se abrace una concepción menos romanolatina y más anglosajona del poder estatal (por ejemplo, Constant).

Se produce un viraje en el liberalismo francés: luego de la aventura de la Revolución y del Imperio, se aprende la lección. Se produce un cisma entre democracia y libertad. El orleanismo, liberalismo intelectual y parlamentario, no tiene mucho en común con la democracia. Se trata incluso de dos nociones contradictorias. La democracia es la igualdad, mientras que el liberalismo involucra la superioridad de las élites sociales.

El orleanismo corresponde a un gobierno de las minorías selectas. Representa el gobierno de los notables, de las clases dirigentes, de las aristocracias adineradas y de la inteligencia. El mundo de la política se encuentra estrechamente vinculado a los círculos académicos y financieros. La universidad, la prensa y las dinastías burguesas, en parte de origen protestante, constituyen las tres columnas de esta tendencia.

El orleanismo es partidario de justo medio, del eclecticismo filosófico, de la búsqueda de la vía intermedia equidistante entre la arbitrariedad del poder y la dictadura de las masas, del término erigido en norma de gobierno. Mezcla de liberalismo político y de conservantismo social, pretende ser garante y custodio de las libertades cívicas. Nacido en el seno de la derecha, permanecerá en ese ámbito aunque adopte una apariencia centrista. No sin severidad, sus detractores de la derecha verán en él una tendencia donde reina la mediocridad satisfecha y triunfante, el oportunismo carente de grandeza; no cesará de denunciar la existencia del término medio, del consenso político que se torna en componenda, la conciliación que se monetariza mediante sórdidas negociaciones. Para ellos el orleanismo es el reinado de la burguesía y del dinero. En 1830 se consagra el advenimiento de la burguesía, clase social que en ese entonces ya detentaba la riqueza y poseía el monopolio de la instrucción y de los principales medios de información, por lo que en adelante concentrará en sus manos todos los signos y atributos del poder. Con la figura del Rey burgués, símbolo y garante del predominio de una clase, culmina y se completa el panorama.

El orleanismo da lugar a un marcado divorcio entre la iglesia y la monarquía laicizada. Empero, esta separación no excluye la posibilidad de que —si se prestan las circunstancias— se establezcan relaciones de cortesía. A lo largo de cuarenta años las posturas contrarrevolucionarias y orleanistas experimentan notables variaciones. En un principio, los contrarrevolucionarios aspiran a la formación de una iglesia galicana cuyo vínculo con Roma se concilie con un grado suficiente de libertad. En 1660, la mayoría de sus herederos espirituales son adeptos al ultramontanismo. Por el contrario, muchos liberales orleanistas repudian el anticlericalismo propio de sus orígenes y adhieren al catolicismo liberal y galicano encarnado por Monseñor Du-

panloup, Montalembert y Albert de Brogue. El catolicismo liberal es el resultado de la iniciativa de una minoría influyente, pero carente de fundamentos. No existe el pueblo católico liberal, como tampoco existe el pueblo orleanista. El pueblo católico es tradicionalista.

En el marco de otra evolución no menos importante experimentada por la derecha liberal se preconiza la descentralización para combatir el despotismo administrativo jacobino. Para amortiguar los embates contra el sufragio universal originados en la influencia de las clases dirigentes y la estabilidad de las instituciones, esta corriente insiste en la necesidad de reforzar las libertades locales, aboga por la causa de los municipios y vuelve a adoptar la teoría contrarrevolucionaria de los cuerpos intermedios. Tras la II República (1848-1852) y el Segundo Imperio (1852-1870), se proclama la III República (1870-1940). La experiencia revela que los monarquistas liberales, “hombres de centro”, se resignan de buen grado al cambio de régimen. Sus continuadores son los “republicanos progresistas”; al igual que los orleanistas, son de tendencia liberal y su inquietud por los problemas sociales no es mayor que la de aquellos.

Desde 1879 y 1906 ejerce el poder la “República masónica anticlerical”. Sus representantes sostienen una posición conservadora en el plano social y profesan un nacionalismo moderado. Su objetivo consiste en extirpar el catolicismo de la mentalidad francesa. Como detalle simbólico, en 1904 estalla el escándalo de las fichas. El Gran Oriente establece una serie de fichas en que se registran las opiniones políticas y religiosas de los oficiales del ejército y de los funcionarios, las cuales son transmitidas después al gobierno. No por ser de esencia jacobina, el radicalismo es menos liberal. Inicialmente adopta una postura de centro izquierda motivada por su anticlericalismo, pero su adhesión al conservantismo económico y social lo impulsa hacia la derecha. Se presiente que tras de sí cuentan con la simpatía del ámbito financiero.

En 1870, la derecha republicana se vale de la causa del país real para combatir al país legal. Diez años más tarde se invierten los roles. Finalmente, la República se ha consolidado. Ella encarna el gobierno legal, el estado de hecho, el orden. En lo suce-

sivo, los republicanos serán los verdaderos conservadores. Los factores psicológicos propios del conservantismo político, como el temor a la aventura o el deseo de estabilidad, intervienen ahora en favor de la República.

En 1919, inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, es una coalición, el "Bloque Nacional", la que abre el camino al poder a la derecha en conjunto. La derecha liberal gobierna con el apoyo de las demás corrientes de derecha; pese a su aparente unidad, no dejan de existir profundas divisiones entre estas tendencias. El problema religioso continúa motivando la existencia de dos líneas de pensamiento. La laicidad mantiene obstinadamente una frontera entre dos tradiciones ideológicas de derecha. En las épocas de crisis, los defensores más convencidos y hábiles de la Iglesia se encuentran en la derecha tradicional o contrarrevolucionaria; pensadores como Philippe Henriot o Xavier Vallat sienten una verdadera aversión por el estatismo y la escuela laica pública obligatoria.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado no constituyen la única manzana de la discordia. En el terreno de la política exterior, los liberales demuestran una mayor inclinación hacia los tratados, hacia la negociación. Están más dispuestos a confiar en la Sociedad de las Naciones y en los organismos internacionales. Por el contrario, tanto los representantes de la derecha tradicional como los de la derecha popular ya no creen ni en la abolición de las guerras ni en la eliminación de las desigualdades. El proyecto de una organización jurídica de la paz les parece tan utópico como la autogestión o la comunidad de bienes. En cuanto a la política económica y social, ni los tradicionalistas ni los nacionalistas formulan una oposición de principio contra la intervención del Estado para prevenir o reprimir los abusos del capitalismo, o contra la instauración de una reglamentación de las relaciones entre patrones y asalariados. En cambio, los miembros de la centroderecha no ven con muy buenos ojos el punto de vista anterior, por cuanto su doctrina económica se funda en los postulados del liberalismo, vale decir; rigurosa ortodoxia financiera, oposición de principio a cualquier aumento del gasto público así como a cualquier endurecimiento del régimen tributario. Los conservadores tradicionalistas y los populistas nacionales acogen con simpatía el surgi-

miento de instituciones sociales, de estructuras intermedias entre el individuo y el Estado que corresponden a su concepción organicista. En cuanto a los liberales, no pueden manifestar otra actitud que no sea de irreductible hostilidad respecto de todos estos intentos por crear un derecho social, en nombre del individualismo y del libre mercado. Por su parte, la derecha liberal se encuentra más próxima a los círculos directivos de la banca y las finanzas.

En definitiva, en el período entre las dos guerras mundiales el tema que cimienta con mayor firmeza la unidad de las derechas es el anticomunismo, el temor al socialismo bolchevique, el rechazo del colectivismo. En suma, se trata de un tópico que está llamado a adquirir actualidad.

### **La Derecha Popular**

Finalmente procederemos a analizar la tercera hoja de este tríptico: la derecha popular y nacionalista. En 1919, en las primeras elecciones legislativas de la postguerra, esta tendencia contribuye a la victoria de la derecha. Así, una de sus personalidades más ilustres, el escritor Maurice Barres encabeza una lista del Bloque Nacional en París.

El origen de la derecha popular es casi tan antiguo como el de sus rivales, pues se confunde con el bonapartismo. Tras la muerte de Napoleón (1821), los bonapartistas se reincorporan a la derecha liberal. Al poco tiempo, casi no queda ningún partidario reconocido del bonapartismo. A pesar de todo, un pequeño grupo liderado por Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del emperador, acepta el desafío imposible. Rechazando la fatalidad del fracaso, actualizará la doctrina bonapartista. A fuerza de perseverancia, accede al poder el 2 de diciembre de 1851.

El bonapartismo (1830-1870) no pretende adoptar una postura ni de derecha ni de izquierda. No desea ser etiquetado y se rehúsa a ser incluido en una clasificación que procura abolir y dar por superada. El príncipe-presidente se propone suprimir los partidos que dividen a la nación y quiere reconciliar a los franceses volcando sus esfuerzos hacia una obra de porvenir. El encar-

na a la vez al heredero de la Francia revolucionaria, al símbolo de una gloria nacional y al garante de un principio de autoridad. El Imperio es la democracia, el pueblo es soberano. El bonapartismo se resume en una fórmula: la convocatoria al pueblo; se inscribe dentro de la más pura tradición plebiscitaria.

A la concepción tradicional de la sociedad jerarquizada el bonapartismo contraponen los principios de un régimen popular, igualitario y democrático. Frente al liberalismo aristocrático y parlamentario de los notables, opone el antiparlamentarismo autoritario de las masas obreras y rurales. El tono directo, familiar, vehemente y popular de sus oradores y de sus publicaciones se asemeja de manera sorprendente con el academismo austero y estudiado de los liberales orleanistas.

En efecto, el bonapartismo se debate constantemente entre dos tendencias. Unas veces da origen a un bonapartismo de izquierda, popular, anticlerical, democrático; otras veces engendra un bonapartismo de derecha, conservador y defensor del orden, en buenos términos con la Iglesia.

Después de la caída del Segundo Imperio (1870) da la impresión de que el bonapartismo ha sido enterrado definitivamente. Sin embargo, se verá favorecido por una nueva y esplendorosa racha de fortuna encarnada en el nacionalismo popular, su heredero directo. Tanto en los temas como en los sentimientos y en los métodos se observan asombrosas semejanzas. Apego por la autoridad, prestigio de la acción, atracción por la aventura y la gloria, culto al líder, antiparlamentarismo, cesarismo democrático, tradición plebiscitaria, convocatoria al pueblo; todos los elementos que conforman el bonapartismo se encuentran en el nacionalismo.

Se añaden otros elementos de los cuales carecía el bonapartismo. El nacionalismo sustituye las consideraciones humanas y filantrópicas del bonapartismo —que se inscriben dentro del marco de la vulgata social de los republicanos de izquierda de la época— por un ingrediente auténticamente de izquierda, socializante y, en ocasiones, de origen marxista.

El nacionalismo nace en la época comprendida entre 1887 y 1899. El fenómeno sorprende por su aparente novedad. Transfiere desde la izquierda a la derecha un conjunto de nociones, sentimientos y valores considerados hasta entonces como patrimonio de la izquierda republicana. El patriotismo y el nacionalismo romántico habían sido hasta esa época ideales privativos de la izquierda republicana revolucionaria. Patriotismo, nacionalismo y jacobinismo iban a la par. En 1890, las posiciones se modificaron, de tal suerte que el nacionalismo se transforma en un elemento característico de la derecha.

El nacionalismo corresponde antes que nada a una preocupación primordial por la grandeza de la nación. La derecha nacionalista es militarista y más clerical que verdaderamente religiosa. En ese aspecto difiere de la derecha contrarrevolucionaria o tradicional, cuyos adeptos sienten muy poca simpatía ante la idea de un ejército de inspiración democrática, y que además posee una concepción demasiado sensible de la jerarquía de valores para situar en un mismo plano a Dios y la nación, a la Iglesia y el ejército.

Con el advenimiento de la derecha popular y nacionalista, la invocación al soldado, al hombre providencial, al líder carismático, se transforma en una fórmula política y en un método de gobierno. El religioso deja de ser la única persona que reviste un carácter sagrado. En consignas tales como el llamado a la aventura revolucionaria, a la ruptura con el orden establecido, el rechazo del conformismo, de la mediocridad burguesa se aprecia la influencia del romanticismo; pero también se observa en la defensa de la postura tradicional del partido del orden, mediante el cual se afianza como una fuerza conservadora.

Para la mayoría de los intelectuales de la generación de 1890, como Le Bon, Jules Soury, Sorel, Vacher de La Lapouge (marxista-darwiniano) o Barres, el individuo en sí carece de valor. Esta generación se alza violentamente contra el individualismo racionalismo de la sociedad liberal, contra la disolución de los vínculos sociales en la burguesa, contra el utilitarismo y el materialismo que prevalecen en ellas.

Cuatro décadas antes, Gobineau ya proponía una teoría racial de la decadencia. A fines del siglo XIX, las nuevas ciencias

humanas y las nuevas ciencias sociales, la biología darwiniana, la antropología social, la psicofisiología, la psicología social, la sociología política de la escuela italiana (Pareto, Mosca, Michels) se alzan contra los postulados en los cuales se fundan el liberalismo y la democracia. De este modo, las anteriores disciplinas contribuyen a la creación de un clima intelectual que socava las bases del liberalismo y facilita la propagación de la influencia de la derecha nacionalista y popular. "La creciente rebelión que se remonta al final del siglo XIX", escribe el profesor Sternhell, "no deriva ni de una situación catastrófica en el plano internacional, ni de un marasmo económico, sino que corresponde a un rechazo del orden burgués y liberal como tal y, en consecuencia, es independiente de la coyuntura" (3). Esta rebelión contra el materialismo es beneficiosa, ya que permite la convergencia entre el nacionalismo antiliberal y antiburgués, y el socialismo revolucionario amarxista o revisionista del marxismo a partir de 1889.

En 1911, la revista del Círculo Proudhon se convertirá en un modelo de unión y confraternidad entre nacionalistas de derecha y socialistas revolucionarios. Al margen de los sindicatos cristianos nace además un sindicalismo antiolecolectivista y ferozmente antimarxista, partidario de un capitalismo popular; es el caso de la Federación Nacional de Rompehuelgas de Francia (1902-1910). Su fundador, ex militante socialista, proviene de la clase popular. Partidario de la asociación del capital con el trabajo y de la instauración de un régimen republicano autoritario, es el rival de Jaures en el Parlamento. El es el portavoz de las aspiraciones de los obreros patriotas, pero representa un estorbo para el empresariado y se transforma en la pesadilla de la izquierda.

El boulangismo y el caso Dreyfus constituyen la partida de nacimiento y la fe de bautismo del nacionalismo. Hasta su condena por atentar contra la seguridad del Estado, el General Boulanger, Ministro de Guerra en 1886, cristaliza a su alrededor un movimiento opositor al régimen, que abarca desde los gru-

(3) Cf. *El fascismo y la Francia. declaraciones de Zeev Sternhell recogidas por E. Tood. Le Monde. 14 de Enero de 1983.*

pos blanquistas (extrema izquierda insurreccional, socialista, amarxista y antisemita) a los monarquistas, pasando por los bonapartistas y los patriotas conservadores. Poco después, el caso Dreyfus conmueve a la opinión pública de toda Francia. Dreyfus, un oficial judío acusado de espiar por cuenta del enemigo, es condenado en 1894, indultado en 1899, y rehabilitado en 1906. Durante más de una década la nación francesa se divide entre defensores y detractores del procesado. Tanto el antisemitismo como el caso judicial dejarán secuelas tardías y perdurables.

El antisemitismo nacionalista va a gravitar indudablemente en la vida política durante alrededor de medio siglo. Su origen se sitúa a fines del siglo pasado en el catolicismo popular y en el ideario socialista francés. Socialistas y antisemitas son Fourier, Toussenel, Proudhon, Blanqui, Chirac, Rochefort, Sorel, Berth, Lagardelle, Janvion, etc. Para Drumont, socialista y nacionalista, quien fundó en 1899 la "Liga Antisemita de Francia", "el antisemitismo no es un problema de orden religioso ni racial, sino de índole económico y social". Representa una fuerza popular capaz de movilizar tanto a la derecha como a la izquierda. Corresponde a una variante del anticapitalismo. En definitiva, el antisemitismo, que en esta época posee un carácter más bien político que racista, se ha difundido con igual intensidad en el seno de la derecha que de la izquierda. A la tendencia anterior se agrega la posición antimasonica del nacionalismo, la cual, por otra parte, también se encuentra en el interior de la izquierda revolucionaria.

En el curso de algunos años, el nacionalismo experimenta un desarrollo tan grande y ejerce tal atractivo que acaba por imponer su tono, su estilo y sus métodos a las demás corrientes de derecha. El nacionalismo influye parcialmente en las derechas liberales y tradicionales. La derecha nacionalista es plebeya, combativa y revolucionaria. Las calles y la ciudad le pertenecen. Mientras las derechas moderadas siempre habían alimentado el temor a la calle, la derecha nacionalista encuentra en ella su medio natural. En 1889, París gira hacia la derecha, y la derecha nacionalista hereda la turbulencia, las fiebres, los estados de ánimo de sus habitantes.

La derecha tradicional o contrarrevolucionaria no puede sino aborrecer a los partidos que niegan a la jerarquía, quebrantan la tradición, acentúan la igualdad de los individuos y establecen los cimientos de la democracia. Por otro lado, la derecha liberal simpatiza con los partidos de los notables y desconfía de los movimientos de masas. Contrariamente, la derecha popular y nacionalista se reestructura de modo de adecuarse a las circunstancias cambiantes de la política y de la organización social. Las transformaciones sufridas por el país, el ejercicio del sufragio universal, el desarrollo del sindicalismo, el crecimiento de las ciudades, el éxodo de las zonas rurales, la industrialización, el ascenso de las clases medias, son otros tantos cambios que abren el camino a los partidos de masas.

La respuesta de la derecha popular será la liga. El propósito de la liga consiste en alistar a un vasto efectivo en sus filas, movilizar a las multitudes, despertar los sentimientos de los militantes y simpatizantes y llevar la agitación a la calle. Surgen numerosos movimientos con estas características. Cabe citar sobre todo a la "Liga de los Patriotas" (1882) de Déroulede, y a la más famosa de todas, la "Liga de Acción Francesa" (1899), a la cual le aguardaba el porvenir más duradero.

La Acción Francesa ejercerá durante cuarenta años una poderosa influencia en la vida política francesa. Al crearse este movimiento, el nacionalismo vuelve la espalda a sus orígenes democráticos y republicanos. El "nacionalismo integral" de la Acción Francesa tendrá un carácter monarquista y su portavoz será Charles Maurras.

La Acción Francesa abraza algunas de las líneas directrices de la derecha tradicional como son el respeto a las jerarquías sociales, hostilidad frente a la centralización jacobina, apego a la restauración de las libertades locales, defensa y reconstitución de los cuerpos intermedios, fidelidad al pensamiento corporativista, e instauración de una monarquía hereditaria. Pero, en tanto que la primera generación contrarrevolucionaria es romántica, el sistema maurrasiano se funda en el antiromanticismo y en el clasicismo doctrinal y literario. De igual manera, algunos de los inspiradores de la Acción Francesa, como Taine y Renan, se integran a la corriente liberal-elitista.

Marcado por el positivismo de Auguste Comte, el empirismo lógico de Charles Maurras presenta a la monarquía como la solución sensata, la consecuencia de las leyes de la física social y de la experiencia adquirida a través de los siglos. Su sistema estriba en el rechazo del absoluto metafísico y en el postulado de un positivismo metódico. Maurras, quien ha sido agnóstico desde su adolescencia, contrapone el cristianismo de esencia oriental al catolicismo occidental y latino. Su defensa de la Iglesia obedece a dos razones: el catolicismo es un factor de orden y corresponde a la tradición francesa. En su teoría de los cuatro estados que ejercen su dominio sobre Francia, él incorpora junto al judío y al inmigrante extranjero, al protestante y al masón. De allí que se hable de un antisemitismo de Estado que no pretende ser de carácter ni religioso, ni social, ni racial.

La Acción Francesa recluta en sus huestes a una importante proporción de intelectuales. En 1910, Daudet, Maritain, Bourget, René Guénon y Henri Massis son miembros o simpatizantes del movimiento. Durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales en sus filas se incluyen los nombres más preclaros de las letras francesas: Abel Bonnard, Funk Brentano, Bainville, Gaxitte, etc. Pero es sobre todo entre los jóvenes estudiantes de las Facultades y de las principales escuelas donde logra el mayor éxito y donde se encuentran los militantes más convencidos.

La condena pontificia en 1926 significa una brusca interrupción del progreso de la Acción Francesa en los círculos católicos. Con dicha medida, que obedece a consideraciones tanto teológicas como políticas, Pío XI espera obtener un doble provecho. Por una parte, permitir que la Acción Católica, aún en etapa de gestación, se desarrolle sin una competencia peligrosa y lograr que el gobierno francés ponga término definitivo al anticlericalismo. El monarquismo readopta al mismo tiempo una posición galicana y anticlerical. Recién en 1939 Pío XI levantará la condena.

La derecha popular y nacionalista jamás se desenvolverá en un clima tan favorable como el período que medió entre las dos guerras mundiales. Cuando la situación política está tran-

quila, la Acción Francesa es prácticamente la única colectividad que da que hablar, ya que dispone de un terreno despejado; cuando se agita, si el país se ve afectado por una crisis, los movimientos nacionalistas brotan como callampas después de una tempestad: Juventudes Patriotas (1924), Cruz de Fuego (1928), Partido Socialista Nacional (1932), Solidaridad Francesa (1933), Partido Social Francés (1936), Liga de la Defensa Campesina, Federación Nacional Católica. La lista sería larga si se añadiera la multitud de movimientos efímeros creados durante la década de 1930. Los puntos principales de sus programas derivan directamente de la fuente común en la cual beben los nacionalistas conservadores: la revisión de la constitución, el fortalecimiento del ejecutivo, el neocorporativismo, la limitación del lucro, la asociación capital-trabajo, la elaboración de un código social, y la política familiar. Poner fin al caos establecido, abrir una tercera vía entre el liberalismo y el socialismo marxista: tal es el proyecto político de los jóvenes intelectuales inconformistas de los años treinta cuyos nombres son: E. Mounier, Robert Aron, A. Dandieu, J. de Fabregues, J.P. Maxence, Th. Maulnier, R. Brasillach, L. Rebatet, Claude Roy, Le Corbusier, G. Valois o G. Suarez.

La historia de esta derecha es esencialmente discontinua, en forma de zigzag, con flujos y reflujos. Pero, ¿acaso no se trata en definitiva de la historia del fascismo francés? Ciertamente, sostiene Zeev Sternhell; por cierto que no, replican Girardet, Ramond o Bergeron. Sternhell; por cierto que no, replican Girardet, dad de Jerusalén y eminente miembro de la derecha del partido laborista israelí, sitúa a la generación fundadora del fascismo francés entre 1885 y 1914. El análisis que lo lleva a extraer esta sorprendente conclusión echa por tierra numerosos lugares comunes. Este pensador no sustenta la visión tradicional de un fascismo engendrado por la Derecha o por los grandes capitalistas para hacer frente al ascenso de una izquierda revolucionaria; tampoco presenta la imagen de un fascismo que, a semejanza del comunismo, no sería otra cosa que una variante del socialismo.

Sternhell comienza por demostrar que existe una estrecha relación entre la izquierda revolucionaria y la génesis de una cosmovisión fascista. "La aportación de la derecha al

fascismo”, observa, “adopta la forma de una revisión del marxismo, de un cuestionamiento del materialismo. La izquierda parte de la comprobación de que el proletariado ya no es la clase revolucionaria y que, si se procura implantar la revolución es necesario elaborar una concepción del socialismo como idea eterna, independiente de la estructura social o económica del momento histórico” (4). Por ende, la izquierda contribuye ampliamente con sus ideas y con sus adeptos a la creación del fascismo. Vale decir, agrega el catedrático, que al combinar el socialismo revolucionario y/o revisionista con el nacionalismo autoritario y republicano se obtiene el fascismo puro. El fascismo no es ni de derecha ni de izquierda si no ambas cosas a la vez. “El fascista”, escribe Sternhell, no es ni conservador, ni reaccionario (...) El fascista es un revolucionario en el sentido de que pretende romper el orden establecido, que es el de la democracia liberal. Le obsesiona un ideal de modernidad y juventud; desea formar un hombre nuevo, amante del deporte y del auto stop, integrado en una ciudad nueva, regenerada mediante una arquitectura futurista. Admira a Le Corbusier y a Marinetti. Siente afición por los motores, la mecánica, la velocidad” (5).

Sternhell ha renovado el estudio de la “derecha revolucionaria”, para retomar una de sus expresiones preferidas. Con todo, su análisis demanda algunas reflexiones. Nos parece que, al buscar pruebas del surgimiento de un ideario fascista a fines del siglo XIX, llega demasiado lejos y en ocasiones cae en la amalgama. Gonzalo Fernández de la Mora, Augusto del Noce, James Gregor, Renzo de Felice y Jules Monnerot han demostrado que, pese a todos los esfuerzos desplegados por las ciencias sociales, éstas no han conseguido definir el “fascismo” como concepto y modelo sociopolítico de carácter general y transnacional. El denominador común propuesto por Sternhell (antiliberalismo, antiindividualismo, antiparlamentarismo, antimarxismo, antimaterialismo, socialismo y nacionalismo), no puede considerarse suficiente. La dimensión metafísica y religiosa, los ingredientes racistas y social-darwinistas, el fundamento hegeliano y clásico, son otros tantos elementos esenciales que

---

(4) *Ibidem.*

(5) *Ibidem.*

unifican o dividen a los movimientos denominados "fascistas". Por último, existe una profunda diferencia entre un movimiento nacionalista, autoritario y conservador, que precociza una reforma del Estado en el sentido de fortalecer el ejecutivo, y una organización fascista que persigue la introducción de cambios revolucionarios valiéndose de una "praxis" heredada del marxismo-leninismo, y que no sólo propone la creación de nuevas estructuras sino además de un nuevo tipo de relación entre el hombre y la naturaleza.

Durante los años treinta, en Francia existen varias decenas de miles de fascistas auténticos, cientos de miles de nacionalistas militantes y una mayoría silenciosa de liberales conservadores. Sólo algunas organizaciones minoritarias son abiertamente fascistas. Es el caso de la Agrupación de Valois (1925), del Partido Francista de Bucard (1933) —al cual se incorpora al poco tiempo Jean Pérault, secretario general de la juventud comunista y miembro del Comité Central del Partido Comunista Francés— o también del Partido Popular Francés (P.P.F.) de Jacques Doriot. Este último es un hombre del pueblo, hijo de un herrero y a su vez obrero metalúrgico en sus comienzos; notable tribuno, encarna el perfecto modelo del líder fascista. Militante sindicalista, secretario de las juventudes comunistas, representante del Partido Comunista en la Tercera Internacional, miembro del Comité Central, Doriot rompe con el P.C. y funda el P.P.F. en 1936. En su programa el anticapitalismo hace juego con el anticomunismo. Asimismo, los intelectuales se encuentran excelentemente representados en esta agrupación; entre ellos cabe citar a Bertrand de Jouvenel (principal ideólogo del liberalismo durante la postguerra, junto con Raymond Aron), Alfred Fabre Luce, Drieu de la Rochelle y Maurice Duverger, joven abogado y futuro politólogo socialdemócrata.

La desafortunada experiencia del gobierno de Vichy, que ejerció el poder ejecutivo de Francia entre 1940 y 1944 sume a toda la derecha en un prolongado descrédito. En realidad, la doble ecuación Vichy igual derecha y colaboración, sólo proporciona una imagen muy imperfecta de la realidad. Entre los colaboradores de Alemania se encuentran casi tantos izquierdistas, neosocialistas, pacifistas o sindicalistas, como miembros de la

derecha. Entre los principales artífices del Frente Popular, la historia no registra los nombres de Doriot como representante del P.C.F.; ni Déat, del Partido Socialista; ni Bergey, de los radical-socialistas. ¡Es comprensible! Estos tres militantes que ocupan altos cargos se sentirán atraídos, uno tras otro, por el fascismo y representarán esta tendencia durante el régimen de Vichy.

En realidad, en 1940 la gran mayoría del país manifiesta su adhesión al Mariscal Pétain. Numerosos líderes de la izquierda creen en la Revolución Nacional. Inversamente, personalidades de la derecha se rehúsan a adscribirse a ella. Por lo demás, la experiencia de Vichy no es homogénea. La expresión recubre varias realidades. Existen diversas corrientes separadas por antagonismos irreductibles, que derivan de sistemas ideológicos opuestos: derecha nacionalista, derecha liberal, derecha liberal-tecnocrática, derecha contrarrevolucionaria, fascismo.

El gobierno de Vichy se propone reconstruir un nuevo orden social conforme con los valores imperecederos y con el interés nacional. Su divisa "Trabajo, Familia, Patria", resume su programa. El hecho de que sustituya a la trilogía revolucionaria "Libertad, Igualdad, Fraternidad", tiene un valor simbólico. Gustave Thibon, uno de sus ideólogos, reprueba el intelectualismo y propicia el retorno al mundo real. Los principales tópicos de su ideología provienen de la derecha contrarrevolucionaria, del catolicismo social y de la Acción Francesa. El régimen de Vichy condena tanto la lucha de clases como los abusos del capitalismo. Se intenta estructurar un orden corporativo, se promulga un Código Laboral basado en un sindicalismo único y obligatorio. La familia, el gremio, las provincias y las comunidades naturales constituyen los fundamentos del nuevo orden. Sin embargo, la Revolución Nacional no está circunscrita a los postulados de Vichy, por cuanto las ideas y los hombres que la inspiran pronto se ven abrumados por otras tendencias modernistas, tecnocráticas, planificadoras y mercantilistas y, finalmente, en una última etapa, fascistas.

Tal es la realidad de los hechos. No obstante ello, por efecto de una intensa campaña de propaganda emprendida por la izquierda marxista, a poco de finalizar la guerra, la opinión pública sigue considerando al gobierno de Vichy como una versión mo-

dificada del derechismo. En 1944 da la impresión de estar irrevocablemente condenado al olvido. En aquel entonces muchos proclaman su desaparición definitiva, incluso como ideología. Los acontecimientos posteriores demostrarán lo contrario.

## II. LAS CORRIENTES DE DERECHA CONTEMPORANEAS

Deberá transcurrir una década para que la derecha francesa recupere su influencia en la escena política.

### El Renacimiento de la postguerra

Entre 1952 y 1953 se produce un viraje. Dos personalidades de la derecha moderada, Antoine Pinay y René Coty, ocupan los cargos de Presidente del Consejo y Presidente de la República, respectivamente. Ambos son representantes de una derecha que en definitiva es a la vez liberal y conservadora. La interdependencia misma de estos dos aspectos la constituye y la singulariza. Algunos de sus adherentes son más conservadores, y otros, más liberales. Estas son las circunstancias que los mueven a poner de relieve ya sea la defensa de las libertades, ya sea la defensa del orden. Al margen de un nuevo énfasis en los temas de la expansión y del desarrollo económico, esta ideología persiste sin alteraciones importantes desde hace un siglo y medio: Libertad del productor contra el dirigismo burocrático; libertad de los trabajadores contra la organización de huelgas por los sindicatos; libertad de enseñanza contra el monopolio estatal; libertad de prensa contra la censura; libertad de la justicia; protección de la propiedad; fomento de la iniciativa privada; defensa del ahorro; prioridad de los préstamos sobre los impuestos; respeto de equilibrio presupuestario; desconfianza respecto de todo tipo de ingerencia estatal; apego a las asambleas representativas; responsabilidad del ejecutivo ante el parlamento; defensa de la Cámara Alta para así estar en condiciones de hacer contrapeso a las veleidades de la Cámara Baja; escrutinio que preserve la influencia de los notables; moral burguesa fundada en la exaltación del trabajo; preocupación por el orden y la estabilidad; elogio de la sensatez contra las utopías; temor frente a la aventura; política del mal menor, del justo medio; respeto a la legalidad vigente. En la enumeración anterior se mencionan los

principales rasgos que conforman tanto un sistema de pensamiento como un retrato de los valores morales y del temperamento de cierto tipo de hombres.

Esta tradición liberal corresponde al centro de gravedad de la vida política francesa. Ejerce tal atractivo sobre los movimientos que nacen en sus cercanías (como el radicalismo, que le reprocha su carácter oligárquico; o la democracia cristiana, que la acusa de inmunidad), que los acercamientos, las alianzas y las fusiones resultan a la larga inevitables. Esta evolución se ve favorecida a partir de la década de 1960, cuando el liberalismo recibe la influencia de una corriente híbrida como lo es la socialdemocracia. El presidente derechista Giscard d'Estaing propone a los franceses un proyecto que contempla la creación del neoliberalismo, del "liberalismo de avanzada" que ha exorcizado sus demonios y ha rescatado sus elementos más positivos con miras a restablecer el humanismo. Se trata de una línea de pensamiento muy próxima a la de la socialdemocracia: un liberalismo que funciona en el límite de ruptura, como el funámbulo sobre su cuerda. La fórmula consiste en no descuidar la vigilancia y el control, para evitar que las injusticias y las desigualdades retornen con mayor intensidad; tampoco endurecer en exceso la planificación, los engorros administrativos, pues ello significaría la muerte de la gallina de los huevos de oro. El consumo y la producción en masa son los pilares del orden neoliberal giscardino. En el ejercicio del poder, esta doctrina acepta en buen grado la existencia de un Estado gestor y tecnocrático. Raymond Aron, quien lleva la voz cantante del movimiento, anuncia el fin de la era ideológica en las sociedades industriales de Occidente, y de su gestión según los cánones de la racionalidad política, económica y científico-tecnológica. Algunos sostienen que se aprecia una convergencia ineluctable entre los sistemas capitalista y marxista. Será necesario que el liberalismo se someta a una cura de oposición y que surja el reaganismo para que denuncie sin complejos las contradicciones de la socialdemocracia, el viejo sueño socialista: la igualdad en medio de la abundancia. El rotativo "Le Figaro" ilustra perfectamente la continuidad de la tradición liberal-conservadora y el sentimiento, mezcla de amor y repulsión, que le inspira el *Welfare State*.

1954 señala una etapa en Francia. En ese mismo año cae Dien-Bien-Phu, se celebran las negociaciones de Ginebra (que consagran la pérdida de Indochina), y estalla la guerra de Argelia. Se asiste al despertar del nacionalismo y de la derecha popular. En lo sucesivo, los principios nacionalistas, que durante más de medio siglo habían sido definidos según el modelo alemán, serán definidos esencialmente de conformidad con la realidad africana, y en referencia al movimiento de descolonización.

Desde 1871, "La idea colonial en Francia" (Título de la obra clásica de R. Girardet), se articula en torno de una triple argumentación de orden económico (mercados y materias primas), político (imperativos de grandeza y poder) y humanitario (las ventajas de la ciencia, de la razón, de la civilización y/o de la religión). Del mismo modo, la tesis del anticolonialismo se apoya en estos tres planos para desarrollar sus ataques. Desde un principio, casi no se advierten diferencias entre los argumentos de uno y otro bando. Lo único que varía es el impacto que uno y otro ejercen en la opinión pública. Existe una derecha colonialista y una derecha anticolonialista, así como también existe una izquierda colonialista y una izquierda anticolonialista. De modo que, luego de la derrota de 1870, una facción de la derecha ve en la epopeya colonial el medio para encubrir el prestigio perdido frente a Alemania; empero, otra facción denuncia la pérdida de energías en las "arenas de África", en circunstancias de que, por el contrario, se requiere concentrar las fuerzas en Francia para tomar el desquite. Asimismo, en 1960 una facción de la derecha se manifiesta a favor de la Argelia Francesa (unas veces asimilacionista, y otras ant asimilacionista), y otra en contra, a menudo por egoísmo. El estado de ánimo reinante se refleja en un slogan: "La Corrèze avant le Zambéze" ("Antes el Corrèze que el Zambéze"\*), en otras palabras, promovamos el desarrollo de Francia antes que el de África. En otro viraje ideológico, la mayoría de la derecha nacionalista simpatiza con la causa israelí por animosidad contra los árabes.

A partir de 1955, comienzan a proliferar las pequeñas asociaciones juveniles, grupos cuyo antiparlamentarismo, antico-

---

\*Corrèze: Río de Francia; Zambéze: Río de África Meridional.

munismo virulento y formas de agitación traen a la memoria la situación de los años treinta. Es esta fértil corriente nacionalista la que debilita la IV República y prepara su derrumbamiento en beneficio del General De Gaulle.

Si bien Charles De Gaulle fue reinstalado en el poder en 1958 merced a una explosión de nacionalismo, no por ello personifica a una suerte de unificador de la derecha. A la inversa, el antigauillismo aglutina a los contrarrevolucionarios, a los descendientes de la Acción Francesa, a los nacionalistas revolucionarios y a los representantes de la derecha parlamentaria liberal. Unos lo culpan de promover la discordia y la división, y otros lo sindicán como la encarnación del absolutismo, del poder personalista. Pero la fortaleza de De Gaulle reside en el hecho de gozar de un amplio prestigio moral en la opinión pública. Aún se asocian a su nombre demasiados recuerdos y demasiados símbolos como para que ante los ojos de la mayoría cualquier sospecha pueda rondar en torno a su persona. Por sí solo es capaz de formular al grueso de la opinión pública la promesa de la paz y del tranquilo disfrute de los beneficios de la expansión económica, liberándola de una sensación obsesiva de decadencia y humillación. Por tanto, él encauzará y guiará hacia otras aspiraciones y otros sueños el poderoso impulso nacionalista que había precipitado la caída de la IV República.

¿Cuál es la naturaleza de las relaciones del gaullismo con la derecha? Pese a que no cabe afirmar que entre 1940 y 1970 haya existido un gaullismo estable, único y permanente, es posible advertir algunas líneas directrices. El gaullismo rechaza además la distinción entre derecha e izquierda, la cual procura trascender. Se trata de un nacionalismo de concertación. Se propone reconciliar la idea nacional y la justicia social.

No existe un pensamiento más estatista, más centralizador, más unitario y menos dispuesto a compartir el poder con otras instituciones, que el de Charles De Gaulle, quien estima que el poder descansa sobre el acuerdo espontáneo entre el gobierno y el pueblo, expresado por conducto de un referéndum. El gaullismo desconfía de las asambleas y de la "partidocracia", que se protegen tras una pantalla y confiscan el poder para su

provecho. Aborrece a los intermediarios, a los estados mayores de los partidos, a las directivas sindicales, a los periodistas. Busca establecer un contacto directo con el pueblo. El hecho de apelar con frecuencia al referéndum introduce en la práctica política un principio de democracia directa que es el antípodo del liberalismo parlamentario.

El gaullismo satisface el apego al orden público y la necesidad de estabilidad que propugnan los moderados; los banqueros y los círculos financieros se encuentran bien representados en este régimen. Sin embargo, también manifiesta una preocupación social; se interesa por los problemas de la clase obrera, fomenta la asociación capital-trabajo, la participación en las utilidades de las empresas. Posee aliados dentro de la élite obrera.

En cuanto a la política económica, se aleja de la ortodoxia liberal. El Estado debe desempeñar una función preponderante en bien del interés general. Al poder fiscal se le asigna una gran responsabilidad, pues se vale de sus facultades para implantar reformas estructurales. En el gaullismo están presentes los tecnócratas, quienes confían en la iniciativa estatal. En forma de una planificación flexible.

La esencia del gaullismo se encuentra en la pasión por la grandeza de Francia, en la aspiración a la unidad nacional, en la democracia directa, en el antiparlamentarismo y en el populismo. Teniendo en cuenta la diferencia entre individuos, épocas y situaciones, el gaullismo corresponde a la versión contemporánea de la tradición nacionalista y popular. Aun cuando interpreta, modifica y corrige, conserva lo esencial: la alianza entre la democracia y el nacionalismo.

### **Las actuales corrientes de derecha francesa**

Luego del fracaso de la experiencia socialista (1981-1985), la derecha republicana, moderada y liberal-conservadora retorna al poder. El gobierno se apoya en la coalición R.P.R. - U.D.F. El R.P.R., *Rassemblement pour la République* (Agrupación por la República), es la colectividad heredera del gaullismo. Además de gaullistas históricos de izquierda o de derecha, está integrada

por liberales-conservadores. Por su parte, la U.D.F., *Union des Démocrates pour la France* (Unión de demócratas por Francia), agrupa a la derecha liberal, a los demócratacristianos, a socialdemócratas y radicales. Más a la derecha del espectro político, figura el opositor *Front National* (Frente Nacional), que logró contar con el 10% del electorado en las últimas elecciones legislativas, y que se declara de tendencia nacional-populista.

### Los ideólogos de la Derecha Liberal

En el seno de la intelectualidad liberal se refleja a *grosso modo* la división entre el R.P.R. y la U.D.F. Una parte de ellos se reúne en torno a la prestigiosa revista "*Commentaire*", fundada por Raymon Aron y dirigida por Jean Claude Casanova. Allí se encuentra a Alain Besançon, François Fejtö, Jean - François Revel, etc. El ideólogo de este grupo es Raymond Aron. Cabe recalcar que él nunca fue conservador sino un liberal puro que creía en la libertad e igualdad natural de todos los hombres; un defensor de la propiedad privada; un discípulo de las Luces, más apegado a los principios universales de la ciencia que a una cultura, a una comunidad o a una religión; y ferviente admirador de la democracia liberal, "máximo logro político", válida para el mundo entero.

Otra tendencia se congrega en el "Club del Reloj", verdadero laboratorio de un pensamiento liberal-conservador que no deja de recordar al conservantismo reaganiano. Una nueva generación de universitarios expresa sus opiniones en la revista "*Contrepoint*" y en la "*Lettre d'information*". El Club del Reloj dirigido por Y. Blot y M. Leroy lucha por establecer un "liberalismo con una fuerte dosis populista" y "una política a la vez liberal y nacional". El programa se articula en torno a algunos tópicos tradicionales, como la lucha contra el estatismo, el colectivismo, el dirigismo y el tecnocratismo; la crítica a la utopía igualitaria a la luz de las ciencias de la vida; el fortalecimiento del poder ejecutivo; la instauración de la democracia directa mediante el referéndum, si es necesario; la libertad de enseñanza frente al monopolio estatal; defensa de la propiedad; aplicación de la economía de mercado; saneamiento de la hacienda pública; prioridad del impuesto al consumo sobre el impuesto al

ingreso; reducción de los impuestos; desmitificación de la gratuidad de los bienes y servicios; liberalización del mercado laboral; supresión del monopolio sindical en las elecciones profesionales; liberación del intercambio; capitalismo popular, vale decir, distribución de acciones gratuitas sobre la base del patrimonio de las empresas nacionalizadas; la concesión de la nacionalidad francesa a los extranjeros que se han asimilado; la repatriación progresiva de la población extranjera no europea; la reimplantación de la pena de muerte para castigar los asesinatos, etc.

En definitiva, en los escritos del sociólogo Jules Monnerot o del historiador Pierre Chaunu se encuentra presente la amalgama de las dos tradiciones de la derecha francesa: el liberalismo y el populismo. Tampoco podría ignorarse la influencia del conservantismo reaganiano, que manifiesta dos tendencias: por una parte, el liberalismo económico la crítica al estatismo y el fomento de la iniciativa privada; y por otra, el populismo, la defensa de las raíces, de la patria, de la religión, de la familia, de la calidad del ambiente.

### III LAS CORRIENTES DE DERECHA Opositoras

#### Las corrientes de derecha nacionalista

Tras la guerra de Argelia, numerosas corrientes surcan la derecha nacionalista. Una de las más originales aparece con la revista *"Europe Action"*. Hostiles a cualquier compromiso con el gaullismo y los notables "nacionales" o patriotas conservadores, sus redactores sienten fascinación por el romanticismo revolucionario. Anticapitalistas, antisionistas, anticomunistas y contrarios a los tecnócratas, forjan un mito europeo libre de la influencia judeocristiana, prefiguración del neopaganismo. En el ámbito económico son organicistas, enemigos de los trusts multinacionales. Emprenden una campaña contra la integración, contra la ayuda a los países en vías de desarrollo, y en pro de la unificación de Europa.

Entre 1964 y 1970 nacen una serie de movimientos juveniles que a pesar de seguir una línea activista, anticomunista, an-

tiizquierdista, antigaullista y anticapitalista, apoyan la intervención norteamericana en Vietnam. Algunos de sus fundadores son hoy en día políticos de nota, e incluso ministros. Por su parte, el gobierno de Mitterrand también ha contado entre sus funcionarios a ex militantes trotskistas e izquierdistas de mayo del '68 posteriormente convertidos y alineados en el socialismo.

### **La Nueva Derecha**

El fenómeno de la Nueva Derecha estalla como una bomba de tiempo durante el verano boreal de 1979. Mediante una profusión de artículos, a menudo extravagantes, millones de franceses se enteran súbitamente de la existencia del G.R.E.C.E. o Groupement de Recherche et d'Etudes pour la Civilisation Européenne (Grupo de Investigación y de Estudios en pro de la Civilización Europea), de un equipo de catedráticos universitarios entre los cuales destaca el nombre de Alain de Benoist, y de las revistas "*Nouvelle Ecole*" y "*Elements*".

Tal como lo precisan sus estatutos, el G.R.E.C.E., fundado en 1968, es una sociedad de pensamiento con vocación intelectual. Su objetivo consiste en arrebatarle a la intelectualidad del sistema, mayoritariamente de izquierda, la iniciativa y el monopolio del discurso cultural. Dentro de su esfera se incluyen los valores que no dependen de la política en el sentido tradicional del término, sino que repercuten en el consenso social regido por los factores políticos. Los autores que más influyen en este grupo son los etólogos Lorenz y Ardrey; los sociólogos Weber, Pareto y Freund; los especialistas en historia de las regiones EIIade y Dumezil; el psicólogo H.J. Eysenck; el bioquímico Monod; los filósofos Nietzsche, Spengler y Heidegger; los economistas Sombart y Perroux; y escritores como Koestler, Montherlant y Jünger.

Para resumir, entre los elementos dispersos que conforman el cuerpo doctrinal de la Nueva Derecha cabe destacar principalmente: la crítica al igualitarismo "introducido en el pensamiento europeo por la vía indirecta del judeocristianismo"; la concepción circular de la historia; el nominalismo; el antiuniversalismo el antiliberalismo; el rechazo del individualismo y del economicismo; la adhesión a la democracia orgánica, a la eco-

nomía cualitativa de las grandes áreas autocentradas; la denuncia del modelo norteamericano como principal responsable de la aculturación de Europa; la recusación del occidentalismo asimilado al norteamericanismo; valoración de las raíces comunes, para lo cual es necesario reconocer previamente las identidades culturales regionales; la unidad y el no alineamiento de Europa, que no debe escoger entre los intereses estadounidenses y los soviéticos, sino ubicarse a la cabeza de todos aquellos que no desean servir a los propósitos ni de uno ni de otro; por último, la teorización de un tercermundismo de derecha.

En su origen, la nueva derecha experimentó una fase positivista, de la que se liberó posteriormente. En ese primer entonces insistía mucho más que ahora en los factores biológicos. Su actual reflexión se basa de preferencia en los antecedentes de la evolución cultural y la conciencia histórica. Pero además se observan diferencias de sensibilidad que se materializan en forma de tendencias. De este modo puede identificarse una tendencia revolucionaria o postmodernista, una tendencia cientista, una tendencia etnista o comunitarista y, finalmente una tendencia espiritualista.

Los fundamentos de la filosofía de la Nueva Derecha han sido objeto de una crítica por parte de pensadores esencialistas de la derecha tradicional cristiana. Paralelamente, los tradicionalistas integrales de la revista "*Totalidad*", discípulos de René Guénon y de Julius Evola, que utilizan como argumento la unidad trascendente de las religiones y de la "Tradición Primordial", han fustigado a la Nueva Derecha por permanecer encadenada a todas las contradicciones y a todos los errores del pensamiento moderno, y por consolidar los privilegios burgueses en lugar de contribuir activamente a la "desintegración del sistema".

## **La Derecha Tradicional**

¿Qué ha ocurrido con la derecha tradicional? Sigue estando presente. Sería imposible situarla entre los grandes partidos dado el escaso número de sus seguidores. En cambio, surge de ideas a otras corrientes derechistas más necesitadas de pers-

pectivas profundas. Su fortaleza reside principalmente en el catolicismo tradicional francés que, pese a la indiferencia o a la hostilidad que le manifiesta la jerarquía eclesiástica, conserva firmemente su Fe.

Es en revistas tales como *La pensée Catholique*, *Permanences*, *Itinéraires*, *Vu de Haut* o *Lecture et Tradition*, donde se encuentra la continuación más auténtica del catolicismo tradicional. Otros órganos superponen argumentos históricos y políticos a la dimensión propiamente litúrgica y dogmática; por citar algunos: *La Légitimité*, *Mémoire*, *La Contre-Réforme Catholique* *Lectures Françaises*, etc.

La Derecha tradicional continúa desconfiando del Estado, instrumento de todos los despotismos, y cifra sus esperanzas en el renacimiento de las comunidades naturales (la familia, el gremio, las provincias) y de las corporaciones profesionales, para así combatir los excesos del capitalismo y la lucha de clases. Critica el espíritu tecnocrático, nutrido por el cientismo y el progresismo, tribuna de la subversión; la preeminencia de la economía, el mundialismo, el liberalismo democrático y el marxismo-leninismo, frutos venenosos de la rebelión del hombre contra Dios. En muchos aspectos su pensamiento político sigue acusando la influencia de su regeneración por la Acción Francesa, de la cual conserva su afinidad con el nacionalismo. No obstante ello, existe una notoria diferencia, ya que por un lado el nacionalismo puro le asigna al interés nacional un carácter absoluto; y en cambio, por otro lado, la derecha lo subordina a un fin superior: la verdadera grandeza de Francia se encuentra en la lucha por los valores morales, en la defensa de la civilización cristiana. Por lo demás, sólo “*Aspects de la France*” invoca la perfecta ortodoxia maurrassiana.

### **Hacia la unidad de la Derecha Popular**

La gestión unificadora desembocó en la creación del Frente Nacional de Jean Marie le Pen, en 1972. Por espacio de una década rivalizó con otro movimiento, el Partido de las Nuevas Fuerzas (Parti des Forces Nouvelles), el cual acabó por disolverse.

La ideología monolítica del Frente Nacional no es más que una ilusión. Es difícil propiciar el matrimonio entre maurrassianos ortodoxos, pétainistas, populistas, republicanos conservadores, nacionalistas revolucionarios proeuropeos, solidaristas y contrarrevolucionarios. Sólo la personalidad del líder, Le Pen, mantiene la cohesión. Durante una primera etapa, el Frente Nacional, desprovisto de una base militante, recurre a los nacionalistas revolucionarios. Estos últimos son partidarios del intervencionismo estatal en la economía (nacionalización del crédito y de las multinacionales), de la Europa de las etnias contra la Nación-Estado; adversarios de los trusts y de los soviets, son además antisionistas y partidarios de la causa árabe. Se observa una progresiva desviación hacia la izquierda antimarxista; sin embargo, a partir de 1980 los moderados emprenden una lenta reconquista del aparato político. El Frente Nacional se reorienta hacia el nacionalismo populista: anticomunismo dentro del marco parlamentario, patriotismo, oposición a la inmigración indiscriminada, pronorteamericanismo, apoyo a la causa israelí, antiarabismo, defensa de la cultura occidental, liberalismo económico, eliminación del paternalismo estatal, protección a la familia, estímulo a la natalidad y lucha contra el terrorismo internacional. El Frente Nacional elabora un pensamiento liberal conservador, nacionalista y populista, donde la confianza ciega en las leyes del mercado va a la par del intervencionismo estatal en la esfera de las libertades públicas, y del retorno a una ideología de seguridad nacional legitimada por la inseguridad y el peligro que representa la subversión internacional. Su porvenir está hipotecado por dos factores; de un lado, la supresión del sistema electoral de votación proporcional y su reemplazo por un sistema mayoritario; y de otro, el riesgo de que sus divisas sean retomadas por sus adversarios de la derecha liberal, esto es, por los partidos "institucionales".

#### **IV ¿QUE OCURRIRA MAÑANA CON LA DERECHA?**

Los hombres mueren, los regímenes se suceden, los partidos se relevan, los problemas se renuevan, pero las ideas permanecen. Desde hace dos siglos han existido en Francia una derecha tradicional, una derecha liberal y una derecha popular. Ahora bien, ¿qué será de ellas mañana? Como dice Alejandro

Manzoni “*Ai posteri l’ardua sentenza*”. ¿Acaso desaparecerán las ideologías que los han originado?

En el corto plazo, de ninguna manera. Ellas responden a eternas aspiraciones del hombre, lo cual les garantiza cierto grado de permanencia.

¿Tal vez en el mediano plazo? Probablemente se asistirá a una serie de ciclos que en lo sucesivo se convertirán en un fenómeno tradicional e incesante: asunción del poder, aplicación de la ideología, fracaso, justificación del fracaso, descrédito de la ideología, tecnocracia, desgaste, caída y renacimiento de la ideología en el seno de la oposición.

¿Quizás dentro de un plazo más largo? El auge de la racionalidad política, económica y científico-tecnológica, ¿traerá consigo la muerte irremediable de las ideologías en el marco de las sociedades democráticas industriales? ¿Resurgirán éstas con mayor fuerza bajo la presión del populismo islámico y del tercermundismo, de una parte, y en medio del efecto provocado por los nacionalismos regionales y las fuerzas centrífugas, de otra? Queda abierta la interrogante.